

dirás un día, si te resuelves á hacer una buena confesion.

Por lo que á mí hace, jamás creeré que una persona que se mete temerariamente en las ocasiones del mundo, esté libre de tentaciones y de pecados. Bastantes son, hijos míos, las tentaciones que todos los días nos presenta el demonio; bastantes son las que incesantemente nos ofrecen nuestras mismas pasiones; ¿por qué buscar otras en el mundo? ¿por qué ir á provocar nuevos enemigos? Tened siempre presente, que en este género de combates quien huye triunfa; quien embiste queda vencido, y no podrá ceñir la corona de triunfo, lo que Dios no permita. Amen.

#### PLATICA IV.

##### LA SAGRADA EUCARISTÍA.

Memoriam fecit mirabilium suorum  
misericors et miserator Dominus : es-  
cam dedit timentibus se. (*Psalm. cx, 4*).

Al sacramento de la Confirmacion, explicado en la plática anterior, sigue inmediatamente el santísimo sacramento de la Eucaristía; Sacramento el mas santo, el mas augusta, el mas digno de nuestra veneracion y amor; Sacramento que encierra los tesoros mas preciosos de la sabiduría infinita de Dios, las obras mas admirables de su poder, las finezas mas tiernas de su bondad; Sacramento en el cual, como dice el Profeta, Jesucristo ha reunido y compendiado todas las maravillas de su bondad y misericordia : *memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus.*

No teneis obligacion, hijos míos, de saber distintamente

todas las verdades pertenecientes á este gran Sacramento; porque hay algunas tan altas y difíciles, que solo pueden alcanzarlas los sábios teólogos; pero sí estais obligados á saber mas de las que comunmente sabeis. ¡Ay de mí! Es tan poco lo que algunos sabeis sobre el inefable misterio de la Eucaristía, que sois incapaces de responder acertadamente á las preguntas mas óbvias y triviales. Si os preguntan ¿qué cosa es la Eucaristía? respondeis : *Aquello que hay en el altar mayor.* Si os piden ¿quién está en la hostia sagrada? contestais : *Dios nuestro Señor.* Si os preguntan ¿dónde está Jesucristo? decís : *En todo lugar.* Si os piden ¿qué cosas son necesarias para comulgar? respondeis : *Pensar bien con los pecados.* El corazon se cae á pedazos, hijos míos, cuando oimos de la boca de cristianos tales despropósitos y groserías; cuando escuchamos de gente bautizada unas respuestas, que ni un turco pudiera darlas mas insulsas y desacertadas; cuando vemos en los hijos de la Iglesia tanta ignorancia sobre el principal de nuestros Sacramentos.

Para desterrar esta ignorancia, que ciertamente habrá sido causa de infinitas comuniones sacrílegas, me detendré muy despacio en explicaros en diferentes pláticas todo lo concerniente al augusta sacramento de la Eucaristía; y así quedeis suficientemente instruidos de lo que es, de los efectos que causa, y de las disposiciones que pide. Por hoy me limitaré al primer punto, mostrándoos lo que es.

La Eucaristía, fieles míos, es *aquel Sacramento que bajo las especies de pan y vino consagrados contiene real y verdaderamente el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.* Este Sacramento fue instituido por

el mismo Jesucristo en la última cena que hizo con sus discípulos la noche antes de su pasión. Oid cómo explican los Evangelistas la tierna historia de la institución de este divino Sacramento. Dicen que el amable Salvador después de haber comido junto con ellos el cordero pascual, que era figura de la Eucaristía, tomó en sus santas y venerables manos un pan ázimo, esto es un pan sin levadura, que había quedado sobre la mesa; y levantando sus ojos al cielo, lo bendijo, lo consagró y lo distribuyó á los discípulos, diciéndoles: *Tomad y comed; esto es mi cuerpo*. Igualmente tomando un vaso de vino, levantó de nuevo sus ojos al cielo, lo bendijo, lo consagró y lo alargó á los mismos discípulos, diciendo: *Bebed todos; esto es mi sangre*.

De este modo fue instituida la sagrada Eucaristía; pero como este divino Sacramento debía perpetuarse en la Iglesia hasta el fin del mundo, ¿qué hizo el amable Salvador? Aceto continuo ordenó de sacerdotes á los mismos Apóstoles, con encargo de ir ordenando nuevos sucesores en el ministerio sacerdotal, dándoles á todos la potestad de hacer lo mismo que él había hecho: *Hoc facite in meam commemorationem*, les dijo: *haced esto en memoria de mí*: lo que vale tanto como decir, os doy poder para hacer lo mismo que acabo de hacer yo: bendecid en mi nombre el pan y el vino; proferid sobre ellos las mismas palabras que yo he proferido; y estas palabras tendrán en vuestros labios la misma eficacia que han tenido en los míos; es decir, cambiarán el pan en mi cuerpo y el vino en mi sangre. Del mismo modo que lo dispuso el Salvador, se practica aun hoy en la santa misa. El sacerdote toma el pan y el vino, pronuncia sobre ellos las mismas palabras que Jesucristo pronunció, y en virtud de estas palabras se hace allí presente el mismo Jesucristo.

Digo que se hace allí presente, no con presencia figurada ó simbólica, como pretendían los herejes calvinistas, sino con presencia real, verdadera y corpórea, como enseña la fe. Las palabras de que usó Jesucristo en el acto de instituir este Sacramento, son tan claras y precisas, que hacen evidente esta verdad. No dijo: *Tomad y comed; esta es la figura de mi cuerpo*, sino, *esto es mi cuerpo*. Tampoco dijo: *Bebed todos; este es el símbolo de mi sangre*, sino, *esto es mi sangre*. Y para expresarlo aun mas claro y quitar toda duda y cuestión, añadió, que les daba el mismo cuerpo que en breve sería entregado á la muerte, *quod pro vobis tradetur*; y que les daba la misma sangre que sería derramada por la redención de muchos, *qui pro vobis et pro multis effundetur*. De consiguiente, así como fue real el cuerpo y verdadera la sangre que Jesucristo ofreció en la cruz; así es real el cuerpo y verdadera la sangre que contiene la Eucaristía.

Aquí me preguntaréis tal vez: si la Eucaristía contiene realmente el cuerpo y la sangre de Jesucristo, ¿qué se hacen el pan y el vino? ¿quedan?—No.—¿Se aniquilan?—Tampoco.—Pues ¿qué se hacen?—En virtud de las palabras de la consagración se convierten en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo.—Pero nosotros no vemos ninguna señal de esta conversión; antes todo parece indicarnos que el pan queda pan, y el vino queda vino; pues quedan la misma figura, el mismo color, el mismo sabor, etc.—No importa, hijos, no importa: la fe os asegura, que aquello que á vuestros sentidos parece pan y vino, no es tal cosa, sino el cuerpo y sangre de Jesucristo. ¿Sabeis por qué no percibís ninguna señal de esta conversión admirable? Porque por un milagro el mas sorprendente, hecha la conversión del pan y del vino, quedan los mismos accidentes que tenían antes de

la conversion, á fin de evitar ciertos inconvenientes que resultarian, si Jesucristo apareciese en la Eucaristía en su propia forma. Tres inconvenientes se seguirian de esto, segun santo Tomás <sup>1</sup>. El primero seria, que nadie se atreveria á comulgar; porque es cosa horrible á los hombres comer carne y beber sangre humana. El segundo, que los infieles harian burla de este Sacramento, si viesen que comemos á Nuestro Señor Jesucristo en su propia forma. El tercero, que nuestra fe no tendria mérito alguno, si Jesucristo se hiciese visible á nuestros ojos.

Pero parece imposible, diréis, que á la simple pronunciacion de pocas palabras, el pan y el vino se conviertan en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo.—Por Dios, hijos, no me salgais con imposibles donde interviene el poder del Omnipotente. Si Dios pudo convertir la mujer de Lot en estatua de sal, la vara de Aaron en serpiente, el agua de las bodas de Caná en vino, ¿no podrá hacer una semejante conversion en la Eucaristía? Si creemos que pudo criar de la nada todas las cosas, ¿no debemos mas fácilmente creer que puede convertir una sustancia en otra? Y si por la virtud del calor natural, el pan que comemos se convierte en nuestra carne, ¿qué dificultad hay en que por virtud divina se convierta en cuerpo de Jesucristo? Vuestro reparo tendria lugar si dijésemos que la conversion del pan y del vino se hace por la virtud natural de las palabras del sacerdote; pero este disparate nadie lo dice.

De lo dicho se infiere, que entre la Eucaristía y los demás Sacramentos hay tres diferencias muy dignas de notarse. La primera es, que los demás Sacramentos solo tienen virtud de

<sup>1</sup> D. Thom. 3 part. quæst. 75, art. 5.

causar la gracia; pero la Eucaristía contiene al mismo autor de la gracia, que es Jesucristo. La segunda es, que en los demás Sacramentos la materia no se muda, sino que queda la misma que era, como el agua en el Bautismo, el crisma en la Confirmacion, etc.; pero en la Eucaristía la materia se convierte en cuerpo y sangre de Jesucristo, y no quedan de ella sino los accidentes ó calidades sensibles. La tercera es, que los otros Sacramentos no duran mas que el tiempo que se administran y reciben; pero la Eucaristía es un Sacramento permanente, porque Jesucristo queda bajo las especies sacramentales mientras estas no se destruyen ó alteran de modo que lleguen á corromperse.

De esta verdad de fe se deduce otra que todos debeis entender, y es, que Jesucristo está todo entero tanto en la hostia como en el cáliz, tanto bajo la especie del pan como bajo la especie del vino, aunque por razones diversas. Precisamente en virtud de las palabras de la consagracion el pan se convierte en el solo cuerpo, el vino en la sola sangre; pero como en el estado actual de Jesucristo cuerpo y sangre son inseparables, por concomitancia natural donde está el cuerpo está tambien la sangre; donde están cuerpo y sangre está tambien el alma; y por razon de la union hipostática donde están el cuerpo, la sangre y el alma, está igualmente la divinidad.

No solo Jesucristo está todo entero bajo cada una de las dos especies, sino tambien bajo cualquiera partícula, aun la mas mínima, de cada especie, á semejanza de nuestra alma, que está toda en todo el cuerpo y toda en cada una de sus partes. De ahí es, que dividiéndose la hostia, solo se dividen las especies, no el cuerpo de Jesucristo; y que vosotros recibís á Jesucristo todo entero, aunque no recibais mas que una pequeñísima parte de la hostia.

¡Con cuánta razon, hijos míos, la Iglesia llama á la Eucaristía misterio de fe, *mysterium fidei*! Porque, en verdad, no hay misterio alguno que ejercite tanto nuestra fe como este divino Sacramento. En los demás misterios yo creo lo que no veo; pero en este no solo he de creer lo que no veo, sino lo contrario de lo que me parece ver. Me parece ver pan, y he de creer que no es pan: me parece gustar vino, y he de creer que no es vino. Mas: he de creer aquello que contradice abiertamente á los principios de mi razon. La razon me dicta, que los accidentes siguen siempre la suerte de la sustancia; con todo he de creer, que en la Eucaristía la sustancia se muda sin que se muden los accidentes. La razon me dice, que una pequeña hostia no puede contener todo el cuerpo de un hombre, á no ser que sus partes se empequeñezcan y reduzcan á muy escasas dimensiones; sin embargo he de creer, que todo el cuerpo de Jesucristo, sin empequeñecerse, está dentro el breve círculo de una hostia. La razon me enseña, que un mismo cuerpo, sin multiplicarse, no puede estar á un mismo tiempo en muchos lugares; no obstante he de creer, que Jesucristo, sin multiplicarse, está en el cielo, en la hostia y en cuantos lugares del mundo se conservan partículas consagradas.

Pero ¿qué? porque estas verdades son superiores á nuestra corta capacidad, ¿dejarémos de creerlas firmemente, sabiendo de cierto que Dios las ha revelado? No, amados míos, no: desde el momento que Dios ha revelado claramente una verdad, tanto si se entiende como si no se entiende, no queda otro partido que humillarse, creer y callar. Yo estoy persuadido de que todos creéis sin perplejidad alguna cuanto la Iglesia nos enseña sobre el gran misterio de la Eucaristía; pero debo advertiros que vuestra creen-

cia debe ir acompañada de una conducta que la recomiende y la honre, por no dar motivo á los herejes de obstinarse en su incredulidad.

Todos los argumentos que los herejes nos proponen contra el santísimo Sacramento del altar, pueden rebatirse; y de hecho los rebatimos, dándoles la mas completa solucion. Uno hay, empero, al cual apenas sabemos qué responder, y que hiere no poco á vuestra reputacion y buen nombre. Escuchadlo. Dicen los herejes, que ni los mismos católicos creen la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; y de esto infieren que tampoco ellos están obligados á creerla. ¿Y cómo pensais prueban el antecedente? Lo prueban por las irreverencias, profanaciones y escándalos que notan en nuestros templos. ¿Cómo es posible, dicen, que los católicos crean á Jesucristo presente bajo las especies sacramentales, cuando les vemos cometer en sus templos unas indecencias que un turco se guardaria bien de hacer en su mezquita? Personas que en la iglesia hablan, rien, chuchean, y hacen mil acciones indevotas, ¿puedese pensar que crean estar en la presencia de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre?

¿Veis, hijos míos, como vuestro poco respeto á la Eucaristía redunde en desdoro de la fe y en mengua de la Religion? ¿Veis como da pretexto á los sectarios para obstinarse en sus errores? Veán ellos confirmada vuestra fe con una conducta edificante y religiosa; vean que estais ante la sagrada Eucaristía con toda modestia y devocion; y si no lograis inspirarles la fe de este divino misterio, á lo menos dejaréis confundida su incredulidad; á lo menos les quitaréis el único pretexto que les queda para no convenir con nosotros. Si de hoy en adelante os veo estar aquí con todo co-

medimiento y decoro, conoceré que quedais bien enterados de lo que es la Eucaristía, y que no ha sido del todo infructuosa la presente instruccion. Amen.

### PLATICA V.

OBLIGACION DE RECIBIR LA EUCARISTÍA, Y DISPOSICIONES PARA RECIBIRLA DIGNAMENTE.

Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis. (Joan. vi, 54).

Habiéndoos explicado en la pasada instruccion lo que es la Eucaristía considerada en sí misma, corresponde explicaros hoy lo que es considerada como alimento de nuestras almas : sobre lo que son tantas las cosas que se ofrecen por decir, que no será posible decirlas todas en una sola plática ; pues trato de dejaros perfectamente instruidos en la materia, de modo que ninguna noticia necesaria os quede por adquirir.—Os advierto que la materia es de suyo algo intrincada, y que conviene no dormirse mientras yo me explicaré.

Lo primero que ocurre explicar, es la obligacion de recibir la Eucaristía. Este Sacramento no es necesario para salvarse con necesidad absoluta, que los teólogos llaman *necesidad de medio* ; pues que sabemos que los niños bautizados que mueren, se salvan sin la Comunión ; y que los mismos adultos pueden salvarse, si mueren privados de ella sin culpa suya : pero es necesario con *necesidad de precepto* ; lo que

quiere decir, que quien pudiendo recibirle lo deja, se hace reo de culpa grave.

El precepto lo tenemos muy formal y expreso en aquellas palabras de Jesucristo : *Si no comeis la carne del Hijo del hombre y no bebeis su sangre, no tendréis la vida en vosotros* : palabras que, segun el sentir de los teólogos, nos imponen una obligacion rigurosa de recibir la Eucaristía, aunque no nos especifiquen en cuáles ocasiones debemos hacerlo.

Pero los mismos teólogos convienen, en que este precepto divino nos obliga á comulgar cuando nos hallamos en peligro de muerte ; porque si en algun tiempo nos obliga, es sin duda en el de mayor necesidad. ¿Y qué tiempo de mayor necesidad que aquel en que el alma se halla rodeada de angustias, remordimientos, terrores y peligros de eterna condenacion? Entonces mas que nunca necesita ella de un confortativo celestial, y este confortativo de nadie puede esperar mejor que de Jesucristo sacramentado.

A mas del peligro de muerte, el mismo precepto divino nos obliga á comulgar muchas veces en el curso de nuestra vida. ¿Y quién puede dudarlo? Si Jesucristo instituyó la Eucaristía para alimento de nuestras almas, sin duda quiso que la recibiésemos con alguna frecuencia ; pues el alimento de poco sirve cuando no se toma sino muy raras veces. Quien se propusiese no comer sino alguna ú otra vez en su vida, seguro es que no la contaria muy larga.

Debemos, pues, segun el precepto de Jesucristo, comulgar varias veces durante la vida ; pero como muchos eludirian este precepto, si cada cual pudiese fijarse á su arbitrio el tiempo de cumplirlo, la Iglesia ha pasado á señalarlo, mandando estrechamente á todos los fieles llegados á edad